

J. DE C. SERRA RAFOLS

(Barcelona)

El estudio de la Cultura Megalítica Catalana

Con razón dice el profesor Pericot que pocas manifestaciones de la Prehistoria resultan tan fáciles de estudiar como los sepulcros megalíticos, pues "son éstos tan visibles que mucho antes de que los eruditos iniciaran el estudio científico de los vestigios prehistóricos, los... dólmenes habían atraído ya la atención de los aficionados a la antigüedad" (1).

Con todo, la que fue tesis doctoral de nuestro viejo amigo y su segunda edición (esta vez en verdad "corregida y aumentada") (2) quedan continuamente superadas por los nuevos descubrimientos como él mismo prevé y desea, en cuanto a su carácter de catálogo exhaustivo de los monumentos megalíticos catalanes.

Y es que los dólmenes, a pesar de su visibilidad, se ocultan más de lo que parece posible y siguen proporcionando nuevos ejemplares de estas sepulturas las comarcas más frecuentadas por todo género de viandantes, desde los pseudo - excursionistas, que sólo desean devorar kilómetros y realizan sus travesías con un carácter poco diferente de sus botas y bastones, hasta los que, mientras andan, investigan el paisaje y sus elementos naturales y humanos. Señalemos como ejemplo muy demostrativo, bien reciente, el descubrimiento por el Colaborador de la Comisaría Provincial de Exca-

(1) L. PERICOT GARCIA: "La cultura megalítica en Aragón", Pirineos, VIII, pág. 485, Zaragoza, 1952.

(2) L. PERICOT GARCIA: "La civilización megalítica catalana y la cultura pirenaica", Barcelona, 1925.

L. PERICOT GARCIA: "Los sepulcros megalíticos catalanes y la cultura pirenaica", Barcelona, 1950.

vaciones Arqueológicas de Barcelona, don Antonio Guilleumes, de los dólmenes más próximos a la capital catalana que se conocen hasta ahora, en una zona que, desde hace tiempo, se consideraba agotada en este aspecto (3).

Recordemos a este propósito las campañas sistemáticas organizadas por nuestro maestro Bosch-Gimpera llevando como auxiliar al mismo Pericot y que teniendo, como quien dice, megalitos al alcance de la mano, se iban a buscar, en penosas excursiones, casi a 200 kilómetros de distancia.

Si esto pasa en las transitadísimas montañas que tocan a Barcelona, se puede suponer que deben quedar sin señalar decenas y decenas de estas sepulturas en las vastas manchas existentes dentro de la zona dolménica, donde no se señala ni un solo megalito (4), en comarcas donde no ha habido ningún investigador local (precioso e indispensable colaborador de la investigación general, al que con frecuencia se regatea y hasta se niega la beligerancia), y lo mismo en aquellas que han sido más o menos intensamente exploradas.

Además ha de considerarse casi un axioma que, incluso los dólmenes más destruidos y aquellos que son más visibles y que por lo tanto han sido violados desde más antiguo y de seguro innumerables veces, contienen todavía algún resto de los hombres que los levantaron y de sus industrias, y con frecuencia de aquellos que los utilizaron posteriormente. Incluso dólmenes que han sido excavados por personas experimentadas, no siempre es seguro estén agotados en sus hallazgos. Es frecuente que en las campañas de exploración dolménica no se cuente más que con unas escasas horas (a seguido de una caminata agotadora) para explorar un megalito, y que esta labor se realice apresuradamente, en una verdadera carrera contra el reloj. Como se aprecia en seguida que el dolmen ha sido violado, y por lo tanto se sabe que su contenido ha de aparecer removido, se considera que las observaciones de carácter estratigráfico no han de dar resultado alguno, y por lo tanto casi se prescinde de ellas. Libres de este estorbo que obliga a trabajar lentamente, los exploradores buscan tan sólo recoger lo más rápidamente posible los restos de huesos o mobiliario que hayan podido

(3) Dolmen de Vallromanes, inédito, pero explorado, y otro todavía sin excavar.

(4) Véase el más reciente mapa de su distribución en L. PERICOT: "Los sepulcros megalíticos...", fig. 86.

subsistir, y como éstos suelen reducirse a fragmentos de cerámica lisa, con frecuencia tan menudos y desgastados que resultan casi inclasificables, pronto se agota, junto con el escaso tiempo de que se dispone, el interés del explorador, y sin que honradamente se pueda afirmar que ha sido removida y tamizada toda la tierra susceptible de contener algún resto, se da por terminada la excavación. Y este término es poco menos que definitivo, ya que el dolmen explorado está tan alejado del punto de residencia y partida del arqueólogo, que es muy difícil que éste vuelva a encontrar ocasión favorable para repetir la larga y penosa excursión, que esta vez tendrá el escaso aliciente de visitar un megalito ya conocido y teóricamente excavado. Personalmente hemos de reconocer que en los no muy numerosos dólmenes en cuya excavación hemos colaborado, hace ya muchos años, no tenemos la seguridad (ni incluso dentro de lo que son las seguridades humanas) de que estén exhaustivamente excavados. Y si nuestros colegas que han intervenido en campañas semejantes quieren ser sinceros, reconocerán lo mismo en cuanto a gran número de sus trabajos. Hay que pensar que esta falta, que sería menos que venial en **excavaciones de salvamento**, es decir, aquellas realizadas apresuradamente y forzosamente para salvar todo lo posible de yacimientos que van a ser destruidos por motivos ajenos a la arqueología, es más grave cuando se trata de excavaciones intencionalmente llevadas a cabo, en lugares que a veces podrían esperar tranquilamente tiempos futuros, incluso generaciones futuras, en que las cosas pudieran hacerse en mejores condiciones.

Por esto a la petición que hace Pericot de que se comprueben las plantas de los dólmenes conocidos, unimos por nuestra parte que se comprueben las excavaciones efectuadas, cosa que él también aconseja; la rectificación de plantas ha de ir acompañada de observaciones minuciosas sobre la existencia de enlosados, formados por piedras más o menos planas, de dimensiones no muy grandes. Nos ha admirado que en dos dólmenes cuya reciente excavación detenida hemos presenciado y orientado, pertenecientes a comarcas bastante distantes y de características geográficas y geológicas diferentes, hayamos podido comprobar la existencia de tales enlosados en sus respectivas cámaras. Nos resistimos a creer que se trate de casos excepcionales; más bien opinamos que tales pisos en muchos casos han pasado desapercibidos a los exploradores y

que su existencia debió ser bastante más general de lo que se deduciría de los estudios efectuados (5).

Son estas labores muy a propósito, como primeras armas en la arqueología de campo, de las nuevas y numerosas promociones de jóvenes arqueólogos que aparecen continuamente en el palenque científico. Aleccionadoras por una parte y científicamente útiles, por otra. Ahora bien, quienes las verifiquen han de pensar que cada megalito a replantear y reexplorar requiere, para hacer bien las dos cosas, un tiempo bastante largo, ya que para recaer en la falta que hemos detallado no vale la pena de gastar nuevas energías.

Reputamos, pues, que en el estricto campo de los megalitos que llamamos pirenaicos queda una considerable labor a hacer, que si se hace bien, puede proporcionar todavía elementos de estudio muy importantes.

Pero, como sigue señalando Pericot, al lado de los dólmenes en su misma área geográfica, existen otras estaciones que revelan una cultura idéntica y cuyo estudio, para usar sus propias palabras, "ofrece todavía un amplio campo a la investigación" (6).

Bosch Gimpera fue el primero, ya hace años, en apreciar esta identidad cultural (7) y esta apreciación ha sido ampliamente comprobada por los nuevos hallazgos. Se trata principalmente de cuevas, en lo que mejor conocemos de ellas, de cuevas sepulcrales. Es decir que también aquí, para conocer la manera de vivir de aquellas gentes, nos hemos de valer de sus sepulturas. Tanta es la identidad cultural de estas tumbas troglodíticas y megalíticas, que juzgamos no hay motivo de separar el análisis de los elementos proporcionados por el estudio de los ajuares descubiertos en unas y en otras.

También aquí, y todavía más que en los dólmenes, ha de intentarse corregir la imperfección de las excavaciones. Una cueva, aun

(5) L. PERICOT GARCIA: "Los sepulcros megalíticos...", pág. 39, dice únicamente a propósito de la existencia de pavimentos en los dólmenes: "en varios casos se ha observado una especie de enlosado hecho con losas delgadas en la parte de la entrada; así, en los sepulcros del **Barranc** y de la **Font del Roure** en Espolla, y de **Castelltort**".

Como hemos dicho, en los dos casos citados el enlosado ha sido descubierto en las cámaras propiamente dichas. Uno de estos enlosados, el del dolmen de Vallromanes, ofrece circunstancias especiales que aquí no podemos detallar.

(6) L. PERICOT GARCIA: "Los sepulcros megalíticos...", pág. 91.

(7) P. BOSCH-GIMPERA: "Prehistòria Catalana", Barcelona, 1920. En esta obra del insigne maestro se indicó por primera vez este hecho.

siendo pequeña, se considera ya una entidad con mayor personalidad que un dolmen y, por lo tanto, ya no se juzga que unas horas de apresurada labor basten para excavarla. Pero la proporción de tiempo y esfuerzo que a ellas se dedican, en relación al volumen de trabajo que en realidad ofrece su exploración, es del mismo orden del apreciado en los dólmenes. Un ejemplo aleccionador de la forma de explorar, y publicar, una muy pequeña cueva sepulcral (no importa pertenezca a otra cultura que la dolménica pirenaica de la que nos ocupamos ahora), nos lo dio don Isidro Ballester, en su excavación y publicación de la covacha sepulcral de "Camí Real" de Albaida (8). Puede si se quiere, hacer abstracción del capítulo IV de la monografía que dedicó a ella, y de la última parte del VI, destinadas a comparaciones, pero lo restante, dedicado al estudio propiamente de la covacha, puede ofrecerse como modelo, trasunto de una excavación igualmente modélica, y hay que recordar que se trató de una excavación de salvamento, verificada, ciertamente, en óptimas condiciones.

Así, pues, algunas de las cuevas que cataloga Pericot, hay que reconocerlas nuevamente antes de considerarlas agotadas. Excepcionaríamos los casos en que se hubiese, intencionadamente, dejado una porción por excavar como testimonio, práctica tan aconsejable, siempre que sea posible, como poco atendida. Pero no recordamos que se haya seguido en ninguna de las cuevas de excavación reciente que se enumeran.

Pero el campo más amplio de las nuevas investigaciones se encuentra en las cuevas y abrigos bajo roca no explorados. Mas aquí no nos cansaremos de aconsejar la máxima prudencia, lo mismo a los investigadores locales que a los arqueólogos profesionales, consejo que, naturalmente, no se refiere sólo a las cuevas de la zona de la cultura megalítica pirenaica, sino a todas las del país. Si una cueva no corre peligro de ser destruida o vaciada por cualquier causa, o removida por personas ignorantes, es decir, si hay motivos para creer no será tocado su yacimiento, la excavación no ha de emprenderse sin que se cuente con toda seguridad con los medios adecuados para llevarla adelante con las máximas garantías científicas de que ninguna observación podrá perderse, y no hablamos del material, pues éste es más fácil de recoger que no las observa-

(8) I. BALLESTER TORMO: "La covacha sepulcral de Camí Real d'Alacant (Albaida)", Archivo de Prehistoria Levantina, I, pág. 31, Valencia, 1929.

ciones referentes al mismo. Hay que pensar que es en las cuevas principalmente donde podemos esperar encontrar estratigrafías, y que éstas pueden perderse por falta de tiempo, de atención o de conocimientos, y entonces, si tales estratigrafías existían, el valor científico de los objetos recogidos es punto menos que nulo en comparación al que habrían podido tener. Hay que contar, pues, con el tiempo suficiente y los medios económicos indispensables, además de los conocimientos y la práctica necesarios y también la aptitud innata para ser excavador (9) que hay que suponer en toda persona que se enfrente con empresa de esta naturaleza.

Claro que la legislación arqueológica vigente sólo concede el derecho de realizar tales trabajos a personas competentes, previamente autorizadas, y que ni los Comisarios de Excavaciones arqueológicas, Directores de Museos o Profesores Universitarios, no tienen, por su simple calidad de tales, esta autorización. Pero esta legislación, como tantas otras, resulta, con aflictiva frecuencia, inoperante en la práctica. Para frenar impacencias hay que pensar que de la misma manera que no nos cabe duda de que actualmente, por lo general, excavamos mejor que lo hacían nuestros predecesores de comienzos de siglo, tampoco la tenemos de que mejor lo harán nuestros sucesores de principios del siglo próximo. No es que pensemos que el progreso de las técnicas y las realizaciones científicas en estas materias, sigan una línea ascendente ininterrumpida, hay sus altas y sus bajas, que todos podemos apreciar, pero nos parece que un concepto más exacto de lo que se busca en estas exploraciones, que no es la recolección de objetos para llenar vitrinas de museos o colecciones privadas, ni la satisfacción de una simple curiosidad, sino la redacción de un capítulo de la Historia, influye algo en que cada cual sienta la responsabilidad que contrae al realizar una tarea de este orden.

Hechas estas digresiones, en el campo de las estaciones de esta clase, donde hay una labor tan vasta a hacer, queremos señalar muy particularmente el interés que ofrece una categoría de

(9) Hay personas con grandes conocimientos arqueológicos y verdadero talento de investigadores que no son capaces de permanecer pacientemente, a veces durante largos días, las ocho o más horas de la jornada, sobre el yacimiento. Los tales es muchísimo mejor que no excaven y en cambio acaso puedan aprovechar magníficamente los resultados de las excavaciones ajenas. No diremos que excaven descargándose totalmente, de hecho, en buenos ayudantes, aunque éstos no deberían faltar nunca, pues en este caso no serán ellos los verdaderos excavadores, y al hacerlo constar así en las publicaciones se vestirán con plumas ajenas y los gajos de la fábula nunca nos han simpatizado.

ellas, que viene a constituir un intermedio entre los dólmenes y las cuevas sepulcrales propiamente dichas, y que, en determinadas comarcas, ofrecen características peculiares, sobre las que no se había fijado debidamente la atención.

El abrigo bajo roca (admitimos esta expresión a pesar de su carácter de galicismo) es un tipo de estación bien conocido, y que, según su amplitud, el hombre primitivo utilizó para refugio de vivos o de muertos. Insensiblemente se pasa de él a la cueva, con todos los grados de transición. Aun en terrenos quebrados, según sea la composición geológica del suelo, no abundan o no existen las verdaderas cuevas, pero los agentes naturales no han dejado de desgastar desigualmente las rocas, creando pequeños refugios que han sido muy buscados por las gentes de vida primitiva. Debido a las reducidas proporciones de muchos de ellos, gran número han desaparecido, ya sea que las aguas, las alimañas o los mismos hombres las hayan vaciado de su contenido antiguo, ya sea que los acarreos las hayan cubierto totalmente (en cuyo caso forman una no despreciable "reserva" para la arqueología del porvenir) (10).

En la comarca llamada de la Maresma, en las sierras a Levante de Barcelona, elementos de la vieja cadena herciniana que allí bordea el actual litoral, el terreno está constituido por granitos que han sufrido una multimilenaria erosión y descomposición química. Lo que debieron ser montañas elevadas se han convertido en suaves colinas de pocos centenares de metros de altura sobre el nivel del mar, que ahora baña sus pies. El hombre primitivo, que hemos referirnos a las gentes del Neolítico y Eneolítico, en parte encontraron el país en una forma no muy diferente de la actual, por lo que se refiere a su relieve. Es cierto que desde entonces la erosión ha seguido trabajando intensamente aquellas rocas, cuya superficie, sometida a la acción química que determina su caolinitización, se disgrega fácilmente por la acción mecánica del agua y del viento. La prueba la tenemos en la enorme acumulación de arenas (la descomposición del **sauló** de la terminología local)

(10) La covacha de **Caní Real**, a la que nos hemos referido, es un ejemplo de este modo de desaparición, y sólo una casualidad la puso al descubierto. Las covachas del Barranco de Sant Oleguer, en Sabadell, con enterramientos de segundo grado del eneolítico o Bronce I, son otro ejemplo parecido, en un terreno de constitución geológica semejante. Véase para éstas: J. de C. SERRA Y RAFOLS: "Sepulturas con vaso campaniforme descubiertas en Sabadell", Arrahona, vol. I, pp. 77-92, Sabadell, 1950.

que se han acumulado en los valles y en los barrancos y que cubre, con estratos potentísimos, restos de la antigua presencia humana en estos lugares (11). Pero de la parte alta de las sierras, la denudación ha sido en general menos intensa que la acumulación de arenas en los barrancos y partes bajas, arrancadas aquéllas principalmente de las laderas.

En este relieve suave, en muchas cimas existen pequeñas planicies donde el suelo se ha mantenido a un nivel semejante al de hace cuatro milenios. De ello tenemos una prueba arqueológica, proporcionada precisamente por los dólmenes existentes en estos lugares, que no se ofrecen ni enterrados por acarreo, ni sobre elevados por rebaje de las tierras circundantes. Los túmulos, naturalmente, han desaparecido en su totalidad o en su mayor parte, pero probablemente con activa cooperación humana. Ejemplos de lo que decimos son **La Roca d'En Toni**, de Vilassar de Dalt, uno de los dólmenes catalanes conocidos desde fecha más antigua, y el de **Vallromanes**, uno de los de descubrimiento más reciente.

En estas mismas zonas los granitos erosionados se ofrecen en forma de acumulaciones de rocas de perfiles suaves y desgastados, que a veces reciben el nombre de **boles**, precisamente por la forma vagamente esférica que afectan en ciertos casos sus partes más salientes (12). Estos amontonamientos graníticos, surgiendo de un medio vegetal de pinar y matorral no espinoso, no excesivamente densos, en el que a veces subsisten algunos elementos testimonia-

(11) Una necrópolis de urnas de la Primera Edad del Hierro, situada en una hondonada de la riera de Argentona, cerca de Mataró, ha librado unas pocas tumbas, encontradas casualmente al perforar pozos, a profundidades de hasta 22 metros. Un miliario de la Vía Augusta, descubierto el 12 de junio de 1954, cerca de la partición de los términos de Vilassar de Mar y Cabrera de Mataró, junto al llamado **Camí del mig**, en un terreno abierto y llano, en el que la acumulación de tierras arenosas no es particularmente activa, quedaba en la parte superior de la base, que corresponde al nivel de hacia comienzos de la Era, a cerca de dos metros de profundidad. Sobre los niveles antiguos en esta comarca véase M. RIBAS Y BERTRAN: "El poblament d'Ilduro", *Memòries de la Secció Històrico-Arqueològica de l'Institut d'Estudis Catalans*, Barcelona, 1952.

(12) Al estudiar los megalitos hay que tener en cuenta la naturaleza petrográfica de las piedras que los forman y el medio climático en que se levantan, para explicarse varios hechos referentes a las losas de que están hechos y su conservación. Los dólmenes de granito están destinados a desaparecer, materialmente, podríamos decir, por disolución, convirtiéndose en arena. No es mejor la suerte que han de correr los formados por otras rocas todavía más sujetas a resquebrajarse, en especial en zonas de heladas intensas. Claro que esto lo presenciarán las generaciones futuras. Si las gentes del paleolítico inferior hubiesen levantado dólmenes, no quedaría ninguno de ellos, excepto los que hubiesen sido protegidos por sus túmulos, destruidos por la acción lenta pero implacable de los agentes naturales.

les de antiguos encinares y robledales, llegan a formar un paisaje muy característico de las crestas de estas sierras, intensamente mediterráneo y no exento de belleza. Con frecuencia unas rocas se apoyan sobre otras y dan lugar a la existencia de cavidades más o menos amplias, que no pueden llamarse propiamente cuevas, y que en la comarca reciben a veces el nombre de **caus** (algo así como guarida o madriguera). Como es natural, tales **caus** suelen tener varias entradas, aunque era fácil cerrar una o más artificialmente. Los más visibles tienen nombres, otros carecen de él. Al lado de estos **caus** o guaridas bien definidos, hay masas graníticas que se han desgastado más por la base o que se han inclinado hasta formar precarios abrigos.

El primer grupo de estas formaciones naturales que en la comarca llamó la atención de los estudiosos, fue el situado cerca de la masía de **Can Boquet**. Allí el colaborador de la Comisaría de Excavaciones Arqueológicas de Barcelona don Jaime Ventura, que es el delegado de la misma en Vilassar de Dalt o Sant Genís de Vilassar, término municipal al que pertenece la masía citada, y varios colaboradores suyos, especialmente Pablo Ubach, efectuaron una prospección en aquellas rocas, y los resultados obtenidos fueron verdaderamente óptimos. Con gran cuidado se exploraron dos de estos **caus**, uno llamado **cau de la Granota**, probablemente por la vaga forma de rana que afecta una de las grandes rocas que lo forman; el otro sin nombre, que fue bautizado **cova d'En Pau**, por el de su descubridor, situados a un centenar de metros de distancia el uno del otro.

Los hallazgos efectuados en ellos pertenecen plenamente a la cultura dolménica, y de la proximidad de estas estaciones arqueológicas a un megalito da idea el que el citado dolmen de **La Roca d'En Toni** se ha llamado también dolmen de **Can Boquet**. Efectivamente, del dolmen a los dos **caus** citados hay menos de quinientos metros de distancia. Se trata de lugares utilizados para enterramientos, y ello evidencia que la población eneolítica en cuyo complejo cultural figuraba el rito o costumbre de sepultar a sus muertos en tumbas formadas por grandes piedras, al encontrar amontonamientos de rocas que en muchos casos a mayor escala proporcionaban una estructura semejante, no los desdeñaban para utilizarlos con la misma finalidad.

A base del material encontrado, abundantes cuchillos y bellas puntas de flecha de sílex, plaquitas de pizarra, granos de collar,

cerámica, no puede reputarse que quienes aquí reposaron fueran de condición distinta, más humilde, que los sepultados en los dólmenes (13).

Otros abrigos próximos con menos personalidad, pertenecientes al mismo núcleo de **Can Boquet** han proporcionado también indicios de utilización por el hombre primitivo, aunque de menos entidad. Se llega casi al convencimiento de que toda roca o conjunto de rocas que ofrecía un leve refugio fue aprovechado desde tiempos anteriores a los dólmenes hasta época más reciente que ellos, ya que los hallazgos, generalmente reducidos a pequeños fragmentos de cerámica, van desde los tiempos de la decoración cardial hasta la época hallstática.

El núcleo de **Can Boquet**, del que forman parte conjuntos laberínticos de amontonamientos de rocas, como el llamado **Roca Llobatera**, de exploración muy difícil por su complicación, estrechez y peligrosidad de sus grietas y espesor del matorral, no es un caso único ni excepcional en nuestras sierras de Levante o Maresma. Al contrario, existen en otros términos zonas de características semejantes; señalemos como ejemplos el **Cau** o **Còva del Dimoni**, en término de Premià de Dalt, también descubierto como estación prehistórica por el señor Ventura, parcialmente explorado, y que ofrece testimonios de utilización primitiva, no sólo en su contenido (limitado a fragmentos de barros), sino en restos de labra humana claramente perceptibles en las rocas que lo forman.

En otro lugar de parecido aspecto, en la parte montañosa del término de Llinás del Vallés, ha sido explorado otro **cau**, señalado por el citado y activísimo colaborador de la Comisaría señor Gui-

(13) No haremos aquí la publicación de estas estaciones. Indiquemos que en el citado libro de RIBAS Y BERTRAN, se dio una breve noticia de ellas. De hallazgo realmente muy reciente, son prácticamente inéditas. Con todo observaremos que los restos de huesos humanos eran extraordinariamente escasos. Creemos que ello es debido más que a la remoción de los **caus**, especialmente por las alimañas, lobos y zorras principalmente, que debían tener en ellos sus guaridas, hasta que prácticamente se extinguieron en el curso del siglo pasado, a la naturaleza silicea del terreno. La vegetación existente en tales terrenos es ávida de las substancias calizas y las digiere rápidamente. Esta desaparición de los huesos la hemos observado, todavía más acentuadamente, en dólmenes situados en condiciones de terreno semejantes. En los **caus** las raíces penetran menos abundantemente y por ello se conservan todavía algunos restos de huesos. En el dolmen de Vallromanes, en idéntico terreno ácido, pero lleno de vegetación, una escrupulosa búsqueda no permitió encontrar ningún fragmento óseo, en tanto que proporcionaba interesante material de otra clase. Sería muy útil que los conocedores de estos problemas de botánica y edafología estudiaran tales cuestiones, que, nosotros, sólo podemos tratar muy ligeramente, por falta de conocimientos especializados.

lleumes, de características naturales muy interesantes, y cuya excavación, todavía no terminada, y que ha sido fruto de una simpática y desinteresada colaboración de elementos de Barcelona y de muy diversas localidades de la comarca, que coincidían en el lugar de trabajo procedentes de los cuatro puntos cardinales, ha dado resultados comparables a los apuntados en **Can Boquet** y los hallazgos encajan también dentro de la cultura dolménica. Hemos bautizado esta guarida con el nombre de **Cau de la Mustela II**, por existir, mejor dicho, haber existido, a cincuenta pasos de distancia, otra madriguera conocida por **Cau de la Mustela** en la que también quedaban restos de utilización por el hombre primitivo.

Esto nos obliga a consignar una nota pesimista final. Rocas naturales como todas las citadas, situadas en lo alto de las sierras en terrenos de bosque y matorral, parece deberían estar **per se**, preservadas de la destrucción por la acción humana. Desgraciadamente nada más lejos de ello. La proximidad de un núcleo humano monstruoso como Barcelona, de necesidades inagotables en todos los órdenes, ha determinado el nacimiento de pequeñas canteras que explotan los granitos para abastecer a la urbe de bordillos para sus calles. Resultando más económico explotar estas **boles** que profundizar en la roca, pequeños contratistas arriendan parcelas de monte para "limpiarlas" de ellas. Cuando nuestro compañero señor Guilleumes visitó el lugar, el **Cau de la Mustela** había ya desaparecido casi totalmente en una de estas explotaciones, y sólo pudo verificar que entre las rocas que lo formaron aparecían fragmentos de cerámica prehistórica. Localizado en otro **cau** sin nombre, se inició su exploración pensando fuese "de salvamento", en tanto la Comisaría hacía gestiones, que momentáneamente han tenido resultado, para su preservación, ya que se trata de un conjunto tan típico que, a pesar de ser natural, ofrece verdadero interés arqueológico conservarlo, sin contar que forma parte de él un monolito natural con importantes señales de trabajo humano. Eso quiere decir que, a lo menos hasta donde llega desgraciadamente la influencia destructora de la capital, estas exploraciones tienen más urgencia de lo que aparentemente podría pensarse.

Las notas anteriores demuestran que existen aún amplios caminos para aumentar el caudal de conocimientos que tenemos sobre esta cultura que tiene su espina dorsal en la cadena pirenaica y cuyo origen y desarrollo ofrece todavía tantos problemas no resueltos.

